

Convencida de la importancia del acto, la orquesta típica no se daba tregua, y sólo interrumpió su algarabía para subrayar con una tregua simbólica la entrada del caudillo. En unos cuantos segundos, la presencia del Presidente electo colmó el restaurante con la generación espontánea de pistoleros y políticos y periodistas y ayudantes y meseros. A José, inmovilizado junto a una de las mesas, el ritual lo perturbó al extremo. La reelección del Impío crucificaba de nuevo al pueblo, todo tendía a empeorar, México estaba a punto de perder su religión. Pero el arbitrio de Dios es siempre sabio, y a él le tocaba enmendar los yerros de otros bienaventurados, de los que habían fallado en los complots, de los que no conseguían ganar la guerra de Cristo Rey.

Lo supo con certidumbre el día de la fiebre inesperada, que no cedía a remedio alguno, de los temblores como signos de la Providencia en la frente: lo suyo era la gran misión, a él le correspondía ese disparo que iluminaría las rutas de la doctrina y desharía de un tajo las redes del ateísmo y la profanación... Vaciló un momento, y para reafirmarse se tocó uno de sus escapularios, albergado en la pequeña custodia de plata en donde venían la hostia sin consagrar y la estampa de María Santísima. Sí, su espíritu se hallaba pertrechado, lo menos que se le exige a un devoto de la Eucaristía y de la comunión incesante. ¿Y cómo no prepararse, si ésta era la empresa de su vida, la coronación de sus andanzas? Ajeno al bullicio, repitió su consigna: No hay que defenderse, una vez cumplido el exterminio del gran prevaricador. Ya había anotado en su libreta: "Golpes y la muerte inmediatamente. Que me coman vivo y me tachen de asesino y la ejecución". Dios, que nos conmina, no quiere de sus hijos la ostentación del sacrificio, y él, José, no quedaría mal con el Señor y su Madre Amantísima. Su fe le prohibía amedrentarse, y su fe lo autorizaba a resistir a los suplicios.

La empresa divina encomendada al hombre debía culminar en el instante. José rezó en silencio por su mujer y sus dos hijos pequeños, y por su madre, que le había inculcado el fervor, y que aquel día memorable hacía meses, leyó en voz alta la carta pastoral del arzobispo de Durango, José María González y Valencia: "...A nuestros hijos católicos que andan levantados en armas por la defensa de sus derechos sociales y religiosos, después de haberlo pensado largamente ante Dios y de haber consultado a los teólogos más sabios de la ciudad de Roma, debemos decirles: Estad tranquilos en vuestras conciencias y recibid nuestras bendiciones". Del ayer, José pasó al hoy, revisó los hechos de la mañana y se asombró de su suerte. En el segundo restaurante que visitó, encontró la comilona. Entró sin dificultades, y se fue a la cantina a tomar una cerveza; luego, en el baño, extrajo la pistola, le quitó el seguro y se la puso junto al pecho, cerrándose el saco para que no se le notara. Ya en el jardín, se acercó al comedor central.

El espectáculo lo maravilló a pesar suyo. A muchos de estos personajes, tan ufanos, los conocía por su foto repetida en los periódicos. Eran los secuaces, los opresores directos. Luego, se estremeció. Aquí, a su alcance, en medio del ir y venir de las canciones campiranas y los platillos y las bebidas, el Execrable sonreía y lanzaba comentarios. Tradujo a la lengua de los redimidos la orden suprema que lo convocaba: el Caudillo debe morir para que México regrese a la vera del Señor, los justos se liberen de su angustia, y en algo se compense a los fusilados y a los ahorcados en los caminos, a los expulsados de su patria, a los que perecieron defendiendo los templos y los cálices, a los que rezan en las penumbras de los sótanos. Con un esfuerzo inconcebible de la voluntad, José no permitió que las trepidaciones del restaurante –el delirio de los asistentes, el vendaval de los triunfos, los olores de comida y bebida– afectasen el ritmo de sus plegarias. Abstraído, insistió en las exhortaciones. *Por fin, Madre, aquí está el amo de la perversidad, al alcance de la ira justiciera. ¡Tuya es la venganza, Oh Dios de los Macabeos! ¡Oh Dios de la justicia que sólo la sangre apaci-*

gua! ¡Oh implacable Señor de los ejércitos! Te lo he dicho y te lo repito: si necesitas alguien para esta misión, cuenta conmigo, nada más infúndeme valor y prestancia.

José extendió el brazo en forma mecánica para que desde lo Alto lo viesen y aprobasen su acción y su propósito, y bendijesen su puntería y su arma, consagrada a Dios hacía unos meses, en la misa secretísima en la calle del Chopo. La imagen evocada lo calmó. ¡Un episodio digno de las Catacumbas, digno de los primeros conversos, se repetía en el año 1928 de nuestra era! Lloró cuando le entregaron el revólver, con la emoción de lo más apreciado por más inmerecido, con la gratitud de aquel en cuyas frágiles manos recae el exterminio del pecado. A la misa siguieron la preparación específica, las semanas de espiar la entrada y salida de automóviles en la residencia del Nefando, las horas y los días de leer o de abandonar la vista por horas en la misma página de un periódico, de convertir la calle en un hogar a la vez deshabitado y pletórico, de certificar con asco la costumbre de los políticos de emborracharse y banquetear en sitios infestados de mujerzuelas.

La orquesta tocaba *El limoncito,* la canción predilecta del ser horrendo que gobernaría otra vez a la nación martirizada, José contempló sus dedos, creados y accionados por el Señor, y se sintió asfixiado por el bullicio y zarandeado por el fluir de juramentos de amistad que incluían a pistoleros y meseros. En el mareo, creyó ver a su mano rebelándose contra su voluntad. Luego se tranquilizó.

Los ojos verdes del Tirano chispeaban a cada nueva adulación. Recibía abrazos y felicitaciones, su reelección es la de todos nosotros, el país, General, se amerita con estadistas de su talla. El Tirano reía y a José su risa le provocaba irritación desmedida, la que crea la burla del dolor de los justos. Al punto del desmayo, aferró con la izquierda su mano derecha y vislumbró el plebiscito de los inmarcesibles, el aire dolido y sofocante de los templos vedados al culto, el clamor de las generaciones de creyentes. Repitió la consigna de otro hombre en una circunstancia parecida: *Sic Semper Tyrannis.* Se acercó a la mesa principal y abanicándose con su libreta abordó a los testaferros del Maligno, y les pidió permiso para dibujarlo. A regañadientes se lo concedieron. Trazó con rapidez varias caricaturas, una del director de la orquesta, dos de los acompañantes y dos del general, y se las envió. El Demonio Encarnado exclamó: "¡Hombre, son excelentes!", y se rió

y seguía conversando. Así nomás. Sin poderlo evitar, se sintió halagado por el encomio; de inmediato, se censuró a sí mismo. ¿Cómo él, un creyente, se dejaba llevar a la vanidad que es interposición del mundo, se replegaba al territorio del arte que es asunto profano, y aceptaba los elogios del más grande de los enemigos, el generalote que se disponía a seguir diezmando la vida espiritual de la Patria? Fue al baño, se lavó la cara con energía vindicativa y regresó. Esta vez no tuvo que solicitar el permiso. Nada más lo vio el general, le indicó que se acercara. Y él, castigando su alma, afinó la línea.

El caudillo se exaltó.

–¡Artista, usted de veras es un genio!

José observó con sorpresa a la Bestia Apocalíptica...

✣

Y ésta, hijo, es mi historia. El general, el hombre excepcional a quien curas y beatas acusaban y vejaban y difamaban sin motivo, sí que sabía de arte, y su confianza en mi talento lo llevó el día siguiente a becarme en Europa, de donde volví ya famoso. El resto tú lo sabes. Un loco, un fanático de la Liga de la Defensa Religiosa que no tuvo tiempo como yo de pensar las cosas, lo mató poco después a tiros en otro convivio. ¡Qué lástima! De nuevo en la Presidencia de la República, el general hubiese beneficiado de veras al país, por lo menos y de seguro al sector artístico. A mí por ejemplo me supo valorar, me cambió la vida y me instaló en lo que llaman, no sé si con sorna, la antesala de la Gratitud Eterna de la Nación.